

# Ernestina de Champourcin

## HA MUERTO UN POETA

*Emilio Prados, lírico de la muerte  
y de la soledad.*

Lo repetimos sin calificativos: ha muerto en México un poeta español, mejor dicho, malagueño; porque así sentía él de hondo su terruño y su mar. Pero esto no significa que Emilio se sintiera extraño aquí; muchas y fáciles ocasiones tuvo de irse, de emigrar nuevamente a algún otro país de América o bien de reintegrarse a España, a Málaga, donde le esperaban aún su imprenta —la Imprenta Sur, donde nació aquel "Litoral" inolvidable en los anales de la lírica hispana— y los operarios a quienes se la había cedido y que mantienen en ella la noble tradición tipográfica iniciada por él y otro poeta, también desaparecido y también residente muchos años en México, Manuel Altolaguirre. Pero aquí se quedó Emilio y aquí se nos ha muerto, después de vivir risueñamente —heroicamente— su soledad; una soledad querida y buscada, hecha adrede para su poesía y para él. "Yo tengo que vivir y morir solo", replicaba a quienes se dolían de su solitario existir.

*Tuviste tu soledad,  
la soledad que querías;  
pero tanto la llenaste  
de lo que faltó a tu vida,  
de esa misma soledad  
que en soledad perseguías,  
que hoy vives sin soledad  
por ser tú, soledad misma. (1)*

Los pocos amigos que le acompañaron hasta el fin —hasta el fin de su cuerpo y el principio de su eternidad— no lamentaban sólo la pérdida del extraordinario poeta, el de *Vuelta*, *Mínima Muerte*, *Jardín Cerrado*, *Río Natural*, *La Piedra escrita*, etc., sino también al hombre bueno de una bondad que "chocaba", extrañaba, por lo inusitada y auténtica.

Y es que Emilio vivió su poesía y de su poesía hasta unos extremos difíciles de igualar. Poesía difícil en muchos de sus libros... vida difícil. Difícil para muchos que no supieron comprender esa existencia aparentemente despojada de todo incentivo, o de lo que los humanos corrientes y malientes tenemos como tal. Austeridad rayana en la pobreza. Soledad a ultranza, pero sin que ni una ni otra opacaran la luminosidad natural de su espíritu, ni obstruyeran lo más mínimo el generoso fluir de su ser hacia los demás. Porque de sus rasgos más notables —notable por su rareza en quienes cultivan el propio intelecto— era su conciencia del prójimo; su falta casi total de egoísmo. Y anotemos

(1) *Jardín Cerrado*, Ed. Cuadernos Americanos, 10. México 1946, p. 258.

que su más delicada atención iba de preferencia a los humildes, a los seres indefensos, principalmente a los niños; díganlo sino esos hombres que lo fueron no hace mucho y que con infantil despreocupación lloraban en su entierro; y dígallo también —en el mundo inanimado— esa ramita de yedra que prendió exuberante y firme en un rincón de su casa, y que ahora se adherirá, gozosa de sol, a la piedra de tu tumba.

Otro poeta español, y de los mejores, acaba de emprender en México, su viaje de eternidad.

Emilio Prados nació en Málaga, el año 1899. Viajó por Suiza; estudió en Friburgo y después en Madrid en la Residencia de Estudiantes. Fundó en su ciudad natal la revista *Litoral* ya mencionada, reuniendo en torno a ella a un grupo de poetas andaluces cuya influencia fue decisiva en la poesía española de su época. Desde sus azules entregas, donde campeaba una insólita pulcritud tipográfica, los nombres de Aleixandre, Altolaguirre, Alberti, Prados, etc., dominaban la evolución lírica de aquel tiempo. De las prensas de Sur brotaron *Tiempo*, *Vuelta*, *Canciones del Farero*, primeros libros poéticos de Emilio. Desde entonces, a través de todos los avatares, su vida se fue desarrollando al nivel de su poesía, es decir, alta, señera, ajena a toda concesión o compromiso.

Cada nuevo libro publicado en México va cuajándolo, acendrándolo, de modo definitivo. Los acentos de Juan Ramón, Alberti, tan patentes con frecuencia en muchas de sus canciones, acaban por adquirir timbre propio. La voz de Emilio se ahonda, se eleva. Asciende y desciende como en arrebatos de pureza y profundidad, y en anhelo solitario se derrama en chorros de la más auténtica poesía:

*Si, seguiré aguardando, porque yo sé que vivo  
frente a frente a un espejo y un espejo no engaña.  
Terminaré su luna y cuando ya no existan  
las aguas de sus ríos, veré a Dios, cara a cara.  
Soledad, te construyo, constante, noche a noche,  
en la carne intangible del cuerpo de mi alma.  
Soledad, noche a noche, te vengo levantando  
de mi sangre, tendida como sombra a tus plantas. (2)*

Entonces el verdadero objeto de toda poesía que lo es de veras, se nos aparece sin velos. Si el poeta es, como hemos repetido tantas veces, un hombre que busca a Dios, este andaluz entrañable lo busca como pocos y nos lo transmite en cada uno de sus poemas.

Dios y la muerte: esta última como camino seguro para llegar al primero:

*Vivir el olvido  
es todo vivir.  
Quien quiera estar vivo  
empiece a morir.*

... ..

*Vencido de olvido  
muerto yo nací  
y vivo vencido:  
¿quién me vence a mí?  
¡Morir es vivir! (3)*

(2) *Jardín Cerrado*, Ed. Cuadernos Americanos, 10. México 1946, p. 167.

(3) *Mínima Muerte*, Poesías, por Emilio Prados, Edición Tezontle. México 1944, páginas 76, 77.

Si no fuera por falta de espacio, citaríamos todas las composiciones de esta *Mínima Muerte*, uno de los libros de Prados que se nos antojan más transparentes y característicos.

*Puesto que lo quiere Dios,  
sólo me importa  
qué digo,  
pero no  
cómo lo digo:  
digo lo que quiere Dios. (4)*

Sin embargo abundan aún en estas páginas las resonancias juanramonianas; el tema de la rosa, las interrogaciones repetidas, la canción-cilla, la copla breve y contundente, todo ello tan caro al poeta de Moguer. Pero el lírico malagueño lo personaliza al trasladarlo a su voz, lo hace suyo inconfundible:

*Por salvar la rosa  
me he salvado yo:  
No hay rosa de ayer  
ni de hoy,  
sino la rosa de Dios.*

... ..

*Por salvar los tiempos  
me he salvado yo:  
no hay tiempo de ayer  
ni hoy,  
sino el Eterno de Dios. (5)*

El año 1957 nos trae dos libros fundamentales: *Circuncisión del Sueño* (6) y *Río Natural* (7). Este último título surgió tras una velada en la que leyó en casa amiga esos poemas aún inéditos. Todavía nos parece oír el acento apagado, monocorde y a la vez lleno de tensión interna con que solía leer su poesía. Y en efecto, aquellos versos apretados, de extraña densidad, se iban desgranando como ceñidos por un cauce cuyas riberas evitaban el casi seguro desbordamiento. Los temas bíblicos le venían naturalmente a la pluma, ya que el Antiguo y el Nuevo Testamento constituían una de sus lecturas predilectas. "Leo la Biblia y me pongo a escribir", decía con frecuencia y muchos de sus títulos lo atestiguan: *Luchas Dídimas*, *Sangre de Abel*, *La Piedra escrita*, etc. Pero si sus poemas nacían a menudo en torno a temas trascendentales, su gracia andaluza no perdía tampoco la oportunidad de verterse en el molde frágil de las coplas y las canciones. Las cosas del mar y del campo —de su mar y de su campo españoles— se le habían quedado vivas en el alma y lo mismo sus poemas que esa conversación peculiar suya, interminable, preñada de intuiciones y recuerdos, hasta el punto de escapársele a él y a sus interlocutores, las resucitaban palpitantes, calientes, como si nos las pusiera en las manos. Así las yerbas de su infancia, el orégano, el espliego, el tomillo, el jaramago de las ruinas y ese romero oloroso que una mano amiga le llevó a su lecho

(4) *Mínima Muerte*, etc., p. 115.

(5) Id., pp. 110 y 111.

(6) Terontee, México 1957.

(7) Ed. Losada, Buenos Aires 1957.

de enfermo, junto con una palma, el Domingo de Ramos, su último Domingo de Ramos, en el que muy de mañana, viéndose en la imposibilidad de salir, como de costumbre, a cumplir el rito, buscó quien por él lo hiciera.

*Quien vio el romero  
y hoy no lo ve:  
¡Cómo piensa en él!*

... ..

*A orégano huele el campo,  
a orégano.  
A orégano está soñando...  
¡Cómo pienso en él! (8)*

Y luego volvía siempre una y otra vez, a esa muerte, rilkeana en ciertas ocasiones, con regusto de cante jondo en otras:

*¿Era la muerte?...  
—No sé.  
Si hoy no entró,  
vendrá mañana;  
si no yo la buscaré.*

... ..

*Ver y no ver es lo mismo:  
cuando la noche es oscura,  
la muerte se hace infinito. (9)*

Citaríamos sin descanso estas intuiciones finas que se repiten obsesivamente a lo largo de su obra. Es la búsqueda de sí propio que de ahí pasa, ineludiblemente, a la de algo eterno, incommovible.

Pero llegamos al final de la vida del poeta y también de su poesía. *La Piedra escrita* (10) publicado en 1961, es un poema largo, todo un drama interior de difícil escritura, doblemente difícil por la cantidad de incisos y paréntesis que lo cruzan, obligándonos a leer despacio, sin la menor concesión posible al apresuramiento o a la superficialidad.

*Silencio y silencio esperan  
ser memoria. (Entre sus naves  
frente a frente—, el mar es tierra.)  
¿La tierra es mar? (En su luz  
verde, un silencio germina,  
entre amarillo y azul.) (11).*

Y asistimos aquí al nacimiento, mejor dicho, al penoso alumbramiento de algo misterioso y único, algo que surge, doloroso, palabra, por palabra. Las alusiones al título del libro se reiteran en una especie de estribillo irremediable:

(8) *Jardín Cerrado*, p. 94.

(9) *Idem*, p. 231.

(10) Universidad Nacional Autónoma de México, Colección Poemas y Ensayos, 1961.

(11) *Op. cit.*, p. 45.

*¡...Perdido estoy! ¡Sin cuerpo!  
¿Tal vez tú seas?...  
¿Sí?  
¿Graba mi nombre? (12)*

... ..

*«Luz a la vista»...  
(Un nombre escapa...  
¡Mar, el jardín, navega entre sus alas! (13)*

*... ..  
Y hallo mi cita. Soy un nombre externo  
que inscribo en mí!... (14)*

La preocupación apocalíptica del nombre se desborda en estas páginas y sabemos que no es una preocupación meramente literaria; los que tratamos a Emilio sabíamos que su poesía se prolongaba en su conversación y el tema de la "piedra escrita", como el de la lucha con el ángel y tantos otros de raigambre religiosa volvían siempre en sus monólogos o soliloquios con testigos, que eso fueron en realidad sus conversaciones.

Los investigadores, sean filosóficos o estilísticos, encontrarán ancho campo en este y otros temas que sugiere la obra de Prados. Pero ahora, cortemos estos comentarios sin tristeza; él no la hubiera querido, puesto que al sentirse cerca del fin, aprovechó sus momentos de lucidez para prepararse un tránsito cristiano. Citemos sólo la dedicatoria de un ejemplar de *La Piedra escrita*, firmado pocos días antes de su muerte, en la que se decía ya "a punto de tomar el vuelo...".

(12) Op. cit., p. 90.

(13) Op. cit., p. 134

(14) Op. cit., p. 134

Lo envía desde Méjico Ernestina de Champourcín